

sidad de su sistema nervioso, cuyo móvil simpático se ve tan fácilmente agitado á impulsos de liviana alteracion en su aparato digestivo, en términos que una digestion algo trabajosa imita á veces un ataque de ardorosa calentura, acompañada de calofríos. Así es que todos nuestros órganos se estremecen á efecto de mútua *armonia*, á la menor impresion física ó moral, que ni siquiera conmoviera al perro, animal sumamente irritable. Alérase al menor impulso el sistema nervioso en la mujer y el hombre de delicada fibra. Síguese de abí que nuestra especie es, mas que otra alguna, ocasionada á epidemias y perniciosos miasmas, como la peste, la fiebre amarilla, y los tifus, dando aun de aumento el desabrigo y esponjosidad de la piel, causa de ser entre nosotros tan vivísimas, jenerales y dañinas las erupciones exantemáticas y flegmasías cutáneas.

En efecto, las viruelas, el sarampion, los tabardillos, la miliar, la escarlatina, y todas esas flegmasías cutáneas mas ó menos peligrosas, pertenecen esclusivamente á nuestra especie, en razon de que, mas que los irracionales, gozamos de tersa piel y de escelente y finísimo tacto universal. Vense por lo mismo mas espuestas á exantemas las partes del cuerpo, que, á la manera del rostro, son mas sensibles y recargadas de entronques nerviosos; y no por otra causa muéstrase privativa de la humana especie esa disposicion al cáncer en lo mas delicado de nuestro cuerpo; la boca, por ejemplo, los órganos jenitales, las glándulas mamilares, etc.: dichos órganos se presentan sobrado obtusos en los irra-

cionales, para adolecer de iguales destemples.

No son empero la piel y el entretejido inmediato al cutis los únicos puntos achacosos por su estrechada sensibilidad, pues tambien participa de tan viciosa actividad nuestro sistema linfático. ¿No son tambien efectos suyos la propension á los lamparones, la lepra y la elefancia, así como el mas ó menos rápido medro de la ponzonia venérea y el pian de los negros? Ningun animal ofrece á buen seguro mas rematado desconcierto de los flúidos linfáticos. La misma causa que aguja nuestra sensibilidad y aumenta el empuje vital, encona al par nuestras indisposiciones, lo pestífero de los miasmas, y la acrimonia ó intensa alteracion de los flúidos: debe pues inferirse por último resultado, ser mas enfermizo el hombre por su predominio con los irracionales; y ajitándose con mayor violencia sus sólidos y líquidos, no es maravilla que se desconcierten mucho mas que los de los animales.

Fuera de estos móviles perniciosos, fuerza nos será desentrañar otros no menos funestísimos en la incontinencia y destemplanza. Sin embargo que bastante voraces los brutos, rarísima vez comen mas de lo que exige la necesidad incontrastable, puesto que se sacian casi siempre de un mismo alimento. Mas caprichoso y mimado en el hombre el apetito, avivado por los condimentos, las especias, la sal, y mas aun por el arte de cocina en todos sus inventos halagüeños; auxiliado por la fácil digestion de sustancias cocidas, y llevado á lo sumo en los aparatos gastronómicos de los pudientes; contribuye

en gran manera á hacer el cuerpo humano mas ple-
tórico que el de los animales bravíos, dejando aun-
á parte el ningun ejercicio y poquísima traspira-
cion de este comparado con los de aquellos. De ahí
es que solo en nuestra especie y en las de los ani-
males que ceba, se ve esa enorme corpulencia, esa
escesiva polisarcia, esa gordura exorbitante del re-
daño, del tejido celular, etc., obstruyendo el movi-
miento orgánico, y motivando dañosas estagnacio-
nes, ya en la circulacion de la sangre, ó en la de la
linfa, inacabable oríjen de accidentes mortíferos.

Preséntase á mas la apoplejía como privativa de
nuestra especie, y eso, con ser tan noble el ademan
del hombre, con su cabeza erguida, que hace que
la sangre no se acumule tanto en nuestro cerebro
como en el de los cuadrúpedos, en razon de tener
estos menos abultado el encéfalo y mas subdividi-
das las arterias que con él se entroncan en hileras
de vasos (1), al pie del cráneo, para que no se pre-
cipite tan violenta la sangre; organizacion que no
se encuentra en el hombre. Con todo, agólpase mas
la sangre en nuestra cabeza y abultado cerebro que
entre los irracionales. El uso incesante que hace el
hombre de su raciocinio agolpa sobre aquel órgano
la sangre y la actividad vital; y ved ahí porque los
hombres de mas talento son los mas propensos á
ser víctimas de la apoplejía: hiéreseles, segun es
lengua, por sus mismos filos. Resultados son de igual
principio las modorras soñolientas, los yertos ale-

(1) *Rete mirabile arteriosum*, de Galeno.

argamientos y la parálisis, consecuencias nacidas
no pocas veces de derrames que comprimen distin-
tos nervios.

Ya esplicamos en su lugar cuánto contribuye nues-
tra noble posicion de pie á abocar en las mujeres
la menstruacion, y en los hombres las almorranas,
las hernias, y congestiones en el escroto, etc. Ob-
sérvese además un abundante derrame de sangre,
efecto sin duda de comida sustanciosa, puesto que
los pueblos polares, como los Lapones, quienes, en
invierno sobretodo, adolecen de penuria, rara vez
ven á sus mujeres con el menstuo. Los demás flu-
jos sanguíneos, la epístaxis en los jóvenes, las he-
moptisias y hematemeses, y las calenturas sinocales
ó anjioténicas, son con frecuencia efecto de la plé-
tora sanguínea excesiva, hija por su parte de ali-
mentos sobrado sustanciosos. En la edad madura,
cuando el sistema venoso se va granjeando mayor
empuje, sobrevienen aquellos estancos de sangre
denegrada en los meandres ó revueltas de la rejion
abdominal, las venas mesentéricas y otras ramifica-
ciones dependientes de la vena porta. Fomentados
mas aun por la vida indolente y sedentaria de los
opulentos, tales estancos vienen con el tiempo á
enjendrar dolencias hipocóndricas é histéricas que
nublan sus dias en la vejez: de ahí es que su casi
único remedio consiste en el ejercicio, en la sobrie-
dad y templanza; y dígase despues si es ó no evi-
dentísimo nuestro aserto (1).

(1) El hombre vive asimismo, mas que ningun otro animal,
espuesto á las concreciones de la piedra en la vejiga y riñones.

Dado aun que nos viésemos libres de los dichos males, ¿quién, en los embates de las pasiones, pone al hombre á salvo de sí mismo y le escuda contra sus propios excesos, al mirar esos esquisitos manjares, esa gastronómica tentacion, que aviva el apetito en daño nuestro? No hacemos caso de las malas, ó por lo menos costosas digestiones, que enjendran dañosos jugos; ¿y no son ellas acaso el semillero de las caquexias, principio á su vez de gravísimas enfermedades de entrañas, y de las mas terribles calenturas gástricas y adinámicas? ¿Qué funestísimos no son los efectos de la embriaguez, los resultados de ese encharque de licores incendiarios para la economía animal! ¿Ignoramos acaso la esperiencia de todos los siglos, que con razon llama madre de mil dolencias al arte de la cocina? *Os lamentais por vuestros males*, decia Séneca á los voluptuosos Romanos de su siglo, *decid mas bien por vuestros cocineros*, porque ellos los enjendran todos. Mas hombres ha muerto la gula que el acero, *plus gula quam gladius*, segun dicen los preceptos del Sabio; si necesarios son en el dia los médicos, hija es esa necesidad de la gastronomía que tanto está en auje, añaden los moralistas. Volvamos un tantillo la vista hácia ese rehenchimiento de carne,

¿Será ello efecto de escasear en el hombre mas que en los otros vivientes los conductos de la orina; ó mas bien, será consecuencia del abuso de licores fermentados y espirituosos desconocidos á los irracionales? Ello es indudable que no se cuentan tantas víctimas de tales dolencias en las naciones donde menos se usan espirituosas bebidas.

pescado, vejetales de toda suerte y manjares que desentrañamos del corazon del Asia ó América; y menguado ha de ser quien no deslinde mil causas de indigestion que, por no hallar dispuesto el estómago, orijinan movimientos orgánicos irregulares, y enferman casi siempre al individuo que se levanta de opíparo banquete.

Otro funestísimo efecto de tan estimulantes alimentos consiste en inflamar desatinadamente la sensualidad é incitarnos á los excesos de la concupiscencia no menos temibles por cierto. Júzguese ahora cuáles puedan ser las consecuencias de esas bacanales, donde se derraman á raudales los alicientes mas halagüeños al apetito, donde menudean los desfuegos mas estremados, en que se cifra el destronque de la sanidad. No siempre la pujanza juvenil y descollante alcanza á contrastar tales excesos; efectos suyos son la gota y un sinnúmero de dolencias desconocidas á los irracionales, mas moderados en esta parte que nosotros. Quéjese pues en hora buena el hombre de su destino y de las lágrimas que á la humanidad desentrañan las enfermedades; sordos á sus quejas, podríamos responderle ¡Insensato!... tú mismo has llamado la tempestad y desenfrenado contra tí los vientos.

¿Debe empero culpársenos siempre, esclamarán esos sectarios del placer, cuando la naturaleza misma ha encendido en nuestros pechos esa hoguera de las pasiones?... mírese esa organizacion nerviosa, esa capacidad inapeable de disfrutar y padecer, y dígase si es ó no irregular que nos arrojemos á los

placeres, patrimonio de un viviente sensible. Sigamos pues la irracional filosofía, el epicureísmo mas completo, ó mejor, el principio de Aristipo, que cifró en los placeres sensuales el único bien á que podemos aspirar en el mundo; lejos de nosotros esos consejos que nos dictan tristísima privacion y templanza, y abracemos la estatua de la locura, madre de la felicidad é inefables delicias.

Esos báquicos alaridos nada tienen en sí de racional y justo, si al propio tiempo no se prueba que la naturaleza anhela nuestra pronta destruccion; lo que en verdad haria devanear en balde al mas caviloso. Hase probado ya que no podia alumbrarnos la Providencia con la antorcha del racionio, sin concedernos la libertad del albedrío, la facultad del bien y del mal, el imperio del abuso, indispensable á la perfeccion del ente racional. Reconociendo empero nosotros cuán dañinos son los abusos de la concupiscencia, debemos deducir que nos quiso la naturaleza sabios, héroes para vencernos, sin que fuese su intento aherrojarnos por decirlo así, como á los animales con su instinto. Admirables son de consiguiente los designios del Criador en lo que á nosotros tañe, puesto que en el cumplimiento de nuestros deberes hizo estribar nuestra mas noble y cabal dignidad y escelencia.

Debe pues darse desde luego por sentado, que en tanto atesora el hombre mas cabal entendimiento y delicada fibra, en cuanto es mas enfermizo que los irracionales; de ahí procede ser nuestra especie casi la única que vive propensa á los mas terribles vai-

venes de nervios. No vemos, por ejemplo, animales locos, maniáticos é hipocóndricos. Si no pierden el uso de razon, es porque no la tienen; no por otra causa anda en comun adajio que no hay gran talento sin su grano de locura. Así es que la hipocondría, el histérico, la melancolía y demás achaques consecuentes á la estremada flojedad del nervio gran simpático orijinan suma travesura, y hacen sobremanera sensible el sistema nervioso de la vida exterior ó dominio cerebral. De ahí es que los individuos, á quienes, ya naturalmente, ó á efecto de sus desmedidos trabajos intelectuales, atacan tales dolencias, se ofrecen por lo mismo mas vivos de ordinario, mas sensibles y espasmódicos, al paso que va siendo mas costosa su dijestion y mas apocadas sus entrañas. En una palabra, quien goza mas vida exterior vive menos por su interior, y el medio mas á propósito para restablecer el equilibrio de la salud es acercarse á la vida de los irracionales, es vejetar únicamente y orillar toda sensibilidad y cavilacion.

Otra prueba incontrastable de cuánto se ha sobrepuerto en nuestra especie la sensibilidad del sistema cerebral á la vida interna ó de reparacion, es lo que vemos acontecer con la fiebre lento-nerviosa de Huxham, bien seá en los niños raquíticos, ó en los adultos, á quienes aniquilan sordamente sus desmedidos trabajos de cuerpo ú de espíritu.

Visto todo lo espuesto, caerá igualmente de su mismo peso pertenecernos mas que á los irracionales los desbarros de la sensibilidad; los antojos, por ejemplo, de las embarazadas y de las mucha-

chas opiladas; los espasmos que, impidiendo las escresciones ó secreciones, causarán, ya la amenorrea, ya la menorraja; la destemplanza, que, unida á voluptuosa imaginacion, orijinar á la satiriasis y erotomanía; el sistema nervioso, que, contrayendo hábitos advenedizos, dará márjen á siniestros achaques de paroxismos, epilepsia, fiebres intermitentes, etc., sin que para ello aparezca causa ninguna material. Una imaginacion ardiente influirá no poco en la salud de los vivientes endebles, y llamará de antemano las enfermedades por el terror, que puede llamarse su prelude, ya que sobresaltándoles con el espectáculo de los padecimientos y espasmos del prójimo, les acarreará viciosos remedos, contajios convulsivos, y entusiasmos políticos ó relijiosos, en razon de que en su mayor medro externo, apropiase la humana sensibilidad los individuos mas endebles sobre todo, como los niños y mujeres. Si es no pocas veces un azote esa nerviosa comunicacion, puede tambien llamarse el mas poderoso vínculo de la compasion y hermandad que estrecha á los hombres entre sí, y hace que no formen mas que un cuerpo, y que se den mutuamente amiga mano, aun en la misma guerra, pasado el trance sangriento: ¡nobilísima prerogativa del hombre, que le constituye el viviente mas jeneroso y sensible, porque, mas que otro alguno, siente el infortunio y los dolores!... No parece sino que esa misma compasion en su mayor auje es la que nos encamina al cadalso, por si pudiésemos alijerar al reo el peso de los tormentos.

Prescindiendo aun de los dolores del parto, orijinados en jeneral de nuestra noble posicion recta y de la abultada cabeza del recién-nacido, segun ya llevamos espuesto, consecuencias son tambien de lo endeble de nuestra dilatada niñez muchas enfermedades desconocidas á los irracionales. Esa pueril debilidad, sin embargo, y la enorme preponderancia además del sistema nervioso cerebral, desde nuestros primeros años, son utilísimas á la educacion, á los progresos de las luces, á la docilidad con que nos acostumbramos á los usos sociales, á ese espíritu, en fin, que deslinda el hombre de los brutos. Estos permanecen sumidos en nativo desmedro, en intelectual aletargamiento que ataja todo adelanto; y cuando adultos, nada les incita mas que el apetito y el placer de la propagacion. Necesitaba el hombre mas larga niñez, porque debia esplayarse en dilatada esfera; érale fuerza encumbrarse á mayor altura para empuñar el cetro de la tierra.